

te, su cine ha cubierto desde el astracán —"Manicomio"— hasta el humor negro —"El extraño viaje"— pasando por la ironía "social" según la legalidad vigente —"La vida por delante"—, sin olvidar sus incursiones televisivas, quizá en muchos aspectos superiores a las cinematográficas —"Juan Soldado" y "El pícaro"—. Sin embargo, las películas dirigidas por Fernán-Gómez han sido también irregulares al aceptar plena y conscientemente los titubeos de la producción y aceptar películas como "Los palomos" o "La querida"; en definitiva, las sumisiones que en casi todos los casos han sufrido los directores de cine en España, como las sufrimos los espectadores y el país entero. Las sumisiones a los intereses capitalistas de los propietarios y el dirigismo político de la Administración.

Antes de dirigir "Mi hija Hildegarde", de inmediato estreno, Fernán-Gómez ha realizado una película que no corresponde a ninguno de los géneros en boga en nuestro cine, aunque sí, y muy directamente, a una forma de entender la cultura popular dispersa por muchas películas y concretada en la estética de la zarzuela. "¡Bruja, más que bruja!", toma del disparate y el absurdo lo que ha querido ser una forma de entender España; cualquier tópico utilizado en el cine o el teatro españoles es relanzado ahora por Fernán-Gómez, convirtiéndolo en una forma tierna de ver realmente esa realidad. Aunque desde luego "Bruja, más que bruja" no sea en ningún momento una película con pretensiones testimoniales ni denunciadoras. Se trata, ante todo, de un divertimento personal hecho con el talento indiscutible de un actor extraordinario y un director inteligente. El humor surge aquí con la complicidad del espectador, con la preferencia a cuestiones desconocidas, con exageraciones cotidianas, como

un ejercicio de libertad: la libertad de reírse de tirios y troyanos y empezar a ver la vida de otra manera. Pedro Beltrán y Fernán-Gómez, como guionistas, han propuesto una obra que sólo puede entenderse como una liberación, aunque los aspectos concretos de su película no recojan las preocupaciones inmediatas hoy día de los españoles. Ellos se están refiriendo a unos tópicos generales y casi eternos, que no por manidos están superados. Pocas películas como "Bruja, más que bruja" proponen con tanto desparpajo y acierto una conexión tan clara con el humor y, por lo tanto, con la posibilidad de superar una perspectiva vital restringida e infecunda: la de no saber reírse de uno mismo.

El carácter de película "maldita", que en su misma aparente tosquedad tiene la que nos ocupa, no es si no un síntoma más de sus características fundamentales: no proponerse alcanzar una intencionalidad superior a la que encierra: invitar a la risa. Y eso cuando se hace, como Fernán-Gómez, con habilidad y talento, consigue una película excelente que no debe pasar inadvertida. ■ DIEGO GALAN.

"Marilyn"

Se ha escrito ya tanto sobre la vida, la obra, la fascinación y el talento interpretativo de Marilyn Monroe, que no vamos ahora en estas líneas a proponer perspectivas nuevas. Incluso ya puede alegremente diferenciarse a los que no han entrado a formar parte de la admiración casi religiosa por Marilyn y los que, como apuntaba José Luis García en su corto "Mi Marilyn", somos víctimas complacientes de esa fascinación. Marilyn, independientemente ahora de los manejos de las productoras, de la publicidad, de su utilización ideológica, es una parte de nosotros mismos y con ella nos iniciamos muchos en el descubrimiento feliz de muchos tormentos.

Al morir la actriz, su productora, la Fox, lanzó inmediatamente al mercado una película antológica de sus películas; un montaje precipitado en el que faltaban fragmentos de "Con faldas y a lo loco", "El príncipe y la corista", "El multimillonario" o "Vidas rebeldes", entre otras, y en el que no se incluía ningún análisis, ninguna propuesta, ninguna recreación sobre el trabajo de Marilyn ni sobre su significación. El montaje se realizó sólo sobre una serie de fragmentos acumulados que recordarán a los afectados por la muerte de la estrella algunos de sus momentos estelares. Vista con muchos



Marilyn, en "Niágara", de Henry Hathaway.

años de retraso, la película canta más fácilmente esas insuficiencias (porque la consideración sobre Marilyn ha evolucionado), pero sigue conservando lo que era primordial: la posibilidad de recrearse en la contemplación de una de las mujeres más fascinantes que en el mundo han sido. Incluso es posible que al no hacer la película ningún hincapié en aspectos parciales, deje una libertad de consideración al espectador; a través de los fragmentos elegidos puede plantearse algo nuevo referido a Marilyn, fuera de su mito de mujer triste y desvalida: de la de una gran actriz de comedia, la de quien posea un espléndido sentido del humor que utilizaba tanto para dar fuerza a los textos que lo requerían como a construir la imagen dada de sí misma.

A pesar de sus insuficiencias, "Marilyn" es una película —que en España, como anticipo a un ciclo formado por "La tentación vive arriba", "Niágara", "El multimillonario" y "Río sin retorno"— que puede y debe verse; los análisis más amplios surgirán tras ese ciclo. ■ D. G.

Memoria personal y memoria histórica

Doce largos años, y el tránsito de una dictadura a una situación predemocrática, han hecho falta para que "La guerre est finie" llegue a su verdadero destinatario: el espectador español. Porque pese a ser una película rodada en Francia por un director nativo como Alain Resnais, lo cierto es que aborda una problemática esencial de nuestra Historia contemporánea: la lucha en el exilio y la clandestinidad

contra el régimen franquista. Problemática que surge del guión de alguien que la conoce muy a fondo, el novelista y —hasta poco tiempo atrás— militante Joge Semprún en su primer trabajo para el cine, y puesta en imágenes por un hombre como Resnais que ya había demostrado su postura ante el tema español en su excelente cortometraje "Guernica". De manera, pues, nada casual uno y otro buscan confrontar una parcela de nuestra realidad (por ignorada y perseguida que fuese en su momento) desde perspectivas creacionales diversas en origen, pero que aciertan a coincidir en esta obra espléndida.

El tratamiento dado por Semprún y Resnais al combate político antifranquista no es el de la crónica periodística o el del "dossier" acumulador de datos y hechos. Por el contrario, corresponde a una búsqueda de interiorización en el personaje de un militante comunista, Diego Mora (trasunto en buena medida del propio Semprún, de sus experiencias y actividades con el "nombre de guerra" de "Fedrico Sánchez"), a lo largo de tres días en que se replantea su dinámica como persona y como revolucionario. La necesidad de avisar a un compañero del grave peligro que corre si entra en España, la inminencia de la huelga general política convocada para el 1 de mayo, la discusión en el seno del partido sobre la viabilidad y conveniencia de esta estrategia, el contraste con otras opciones que ven en la acción violenta el único camino verdaderamente transformador, y el reencuentro —después de seis meses de trabajo clandestino en el interior del



Fernando Fernán-Gómez.